

Noches sin luz

La gente siempre se quejaba cuando sucedía, es decir, un par de veces almes. A mi me encantaba, porque todo se teñía de misterio y de magia. Era cambiar un poco nuestra rutina, romper el trabajo diario, tan cansino, tan cansado. Era, además, aislarnos un poco de los demás, porque la gente no podía bajar a las cocinas como otras veces y no era ese entrar y salir de otras noches, esa maldita costumbre de interrumpir labores y conversaciones.

Las noches sin luz eran como un juego que empezaba bajando a las cocinas como si bajáramos a la mina, con unos cascos con luz que nos había proporcionado la dirección del Sanatorio. En penumbra preparábamos el desayuno y la comida del día siguiente, las dos solas.

Recuerdo la última noche sin luz con ella. Habían cortado la electricidad porque las embajadas del barrio consumían más vatios de los estipulados en esa época de carestía, período especial en tiempos de paz.

Bajé la primera: hacia calor. Me puse a pelar patatas, iluminándolas desde mi frente. A poco rato llegó ella, María Mercedes, Marucha, Maruchita. Canturreaba como hacia siempre. Sonreí. Tenía ganas de contarle que ya no era doncella, o virgen, o que ya no era una niña, como siempre me llamaba ella. Quería contarle que había sido con el celador a la que ambas siempre tomábamos el pelo, porque tenía mucho y porque se reía con nosotras. Marucha me besó en las mejillas sonoramente y me contó que estaba harta del colectivo, que era un fastidio y un asco viajar oliendo el sudor de todos, que no le importaba compartir por el bien de la patria, pero que todo tiene un límite. El asco, me dijo, pone límites a la solidaridad. Parloteaba un poco ansiosa, como le pasaba siempre, sin dejar de moverse. Veía su luz de acá para allá, del arcón con hielo al fogón grande de queroseno con sus llamas azules que rompían la oscuridad; de la dispensera a la mesa de cortar; del armario de los cubiertos al fregadero... Su voz iba y venía. De repente la noté detrás de mi, proyectado su luz sobre mi cabeza.

- ¿Y tú? ¿A ti que te pasa, niña Elena? Tan calladita, con ese silencio de niñita buena... ¡Tú tramás algo, niña Elena!

Se lo solté todo de corrido: lo que me había gustado (las primeras caricias, los mordisquitos en los pezones, notarlo en mi interior) y lo que no (sentir tan cerca su aliento de ron, el primer brusco empujón, su peso sobre mi cuerpo al final). Hablé a oscuras, buscando a tientas las palabras y su aprobación.

Luego callé. Callé y esperé sus sentencias, sus burlas o sus preguntas. Esperé, pelando patatas, volcándose su luz sobre la mía. Esperé en silencio, incluso, cuando noté en mi nuca sus dedos, vacilantes como la luz, roce suave provocador de escalofríos e inquietudes. Esperé callada y confundida mientras oía sus sollozos y su luz temblaba, derramándose en mis manos, ya inmóviles en mi regazo.

Cuando me giré, recuperada ya el habla, no estaba.

Esa fue la última vez que estuve con Marucha. Unos días más tarde supe que había huido en patera a Miami. Tres años más tarde, yo hice lo mismo, salir de sanatorio y de Cuba, pero casándome con un sueco.

Aquí también hay largas noches que se juntan con largos días sin luz.